



Ordo Franciscanus Saecularis Consilium Internationale

Prot. n 3981

Roma, 4 de octubre 2026

¡Queridos hermanos y hermanas!

¡Que el Señor os dé su paz!

Este año se cumplen los últimos jubileos franciscanos, y recordamos los últimos momentos de la vida de San Francisco de Asís aquí en la Tierra. Sin embargo, al invitarlos a reflexionar sobre el tránsito de San Francisco de Asís, los invito también a contemplar toda su vida. Sus últimos días no fueron solo un breve período, sino un momento que culminó la obra de Dios en toda su vida, como él mismo dijo: *«Yo he hecho lo que me correspondía; lo que a vosotros os toca, ¡que Cristo os lo enseñe!»*.¹

Transitus significa pasar, atravesar. Sigamos la vida de San Francisco, quien atravesó siete etapas; digamos que pasó por siete puertas que Dios le abrió. Permítanme compartir algunas reflexiones sencillas sobre estas etapas, a semejanza de las puertas que Dios también nos abre a nosotros. Quizás nos ayuden a comprender mejor a San Francisco y a encontrar algunas claves sobre cómo Dios puede guiarnos en nuestra vida.

7 puertas

Cuando caminamos por los caminos de Dios, tenemos que pasar por puertas, cruzar umbrales. Pero estas puertas son de un solo sentido si caminamos con Dios. *«Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios»*.² Una vez que cruzamos una puerta, no solo significa que no hay vuelta atrás si seguimos la guía de Dios. Significa también que las puertas se cierran tras nosotros, y Dios excluye todo aquello que dificultó nuestro avance, para que no se convierta en un obstáculo para el siguiente paso. Las tormentas no pueden atravesar estas puertas. Las luchas internas, las incertidumbres, las tentaciones, las dificultades no pueden traspasar esta puerta cerrada. Dios siempre nos guía hacia adelante. Contemplemos la vida de San Francisco con esta perspectiva y, en consonancia con ella, busquemos el camino de nuestra vida, viviendo el don de nuestra maravillosa vocación franciscana secular.

Primera puerta - Para convertirse en un gran heraldo

Debemos ver los grandes proyectos de Dios en nuestra vida. El joven Francisco era un hijo de su tiempo, disfrutando de la fiesta casi a diario, sin pensar en el mañana. Pero incluso en su juventud, Francesco Bernardone comenzó a transformarse, pasando de vivir solo el día a día a tener grandes metas. Ya antes de su conversión, en cierto momento de su vida, en lugar de

¹2Cel. 214

² Lc . 9.62

vivir solo el día, salir con amigos y matar el tiempo, quiso hacer grandes cosas. Sus metas momentáneas comenzaron a convertirse en una meta final de vida, aunque esta meta —ser un gran heraldo, un caballero invencible— no fuera del todo un proyecto de Dios. Sin embargo, comenzó a pensar en lo que podríamos llamar una vocación. Nuestras pequeñas metas nos dispersan a menos que estén unidas por un propósito mayor, y esto fue lo que descubrió en prisión. Sin algo que nos dirija hacia Dios en todas las circunstancias, simplemente vagamos entre estos objetivos menores. Esto es lo que Dios le reveló a Francisco: tu vida es más que vivir el momento y las cosas triviales. A lo largo de su vida, ha mantenido esta actitud de tener siempre la vista puesta en las cosas importantes. Nuestra vida también es más que vivir el momento. Recordemos que Dios tiene un gran plan para la vida de cada uno de nosotros.

Segunda puerta - De lo amargo a lo dulce

Dios quiere que nos volvamos a Él, porque desea que tengamos una vida llena de dulzura y no de amargura. Tener grandes metas en mente puede volvernos muy decididos. Si algo es bueno, es muy bueno y así seguirá siendo. Si algo está mal, no cambiará fácilmente con una mentalidad tan obstinada. Francisco tenía esta misma mentalidad, pero Dios podía cambiarla. La conversión es un cambio absoluto de mentalidad. No se trata de pensar diferente sobre cosas insignificantes, ni de hacer las cosas mejor, más, menos o de una manera ligeramente distinta. La conversión es un cambio fundamental. Fue un punto de inflexión cuando San Francisco conoció al leproso. Francisco aún iba a caballo. Ver a los leprosos seguía siendo algo amargo para él. Sin embargo, Dios lo transformó y lo impulsó a cruzar esa segunda puerta, a hacer lo impensable y a abrazar al leproso. Este es el verdadero cambio: detener el caballo, bajarse de él y acercarse al leproso. Así lo hizo San Francisco, y Dios convirtió en dulzura lo que antes era amargo. Desde ese momento, estuvo dispuesto a ver a Cristo en cualquier persona. Ni siquiera los leprosos de nuestros tiempos montan a caballo; debemos bajarnos de nuestro pedestal para encontrarnos con ellos. La conversión es un acto arduo pero significativo, y tiene consecuencias fundamentales, si descubrimos que Dios puede usar a cualquiera, incluso a los leprosos. Si hacemos nuestra parte, si cruzamos esta segunda puerta como lo hizo San Francisco, Dios hará el resto, lo que nosotros jamás podremos hacer: transformar lo amargo en dulce. Con esta dulzura en su corazón, San Francisco comenzó a buscar la voluntad de Dios. ¡Hagamos lo mismo!

Tercera puerta - Conducido a la fraternidad

Fuimos creados para compartir nuestra vida con los demás. Tras su conversión, San Francisco deseaba estar solo con Dios. Hacía las cosas en soledad. Comenzó a reconstruir la iglesia de San Damián (y otras dos) solo. Buscaba la soledad, se *apartó del mundo* ³. Al principio, iba solo a ver a los leprosos y *les mostraba misericordia*.⁴ solo. Sin embargo, Dios tenía un plan diferente, y como dijo san Francisco: «Y después el Señor me dio algunos hermanos» ⁵. Él no los buscó, no quería vivir con otros, en comunidad. Pero él, que quería estar solo con Dios, pasó de ser alguien que deseaba vivir en soledad a alguien que aceptó a los hermanos, y así la vida fraterna se convirtió en uno de los aspectos más importantes de la espiritualidad franciscana. Es parte fundamental de nuestra vocación vivir en fraternidad. Quien tiene

³Test 1

⁴Test 1

⁵Test 2

vocación a la Orden Franciscana Seglar, tiene vocación a vivir en fraternidad. Dios no quiere convertirnos en héroes solitarios ni en santos ermitaños; más bien, quiere que demos gracias a Dios por ellos y vivamos con este don!

Cuarta puerta - Para ver no solo el bosque, sino también los árboles.

Los grandes objetivos de nuestra vida deben ponerse en práctica. Siendo responsable de sus hermanos, siendo dones de Dios, San Francisco comenzó a descubrir cómo sembrar las grandes visiones en pequeños encuentros personales. Se convirtió en el hermano que miraba a cada persona con profunda empatía. Renunció a su ayuno personal por el bien del novicio, lo interrumpía inmediatamente cuando alguien le pedía que rezara por él, y le escribía un mensaje personal al Hermano León. Empezó a comprender que las grandes visiones y los grandes objetivos deben aplicarse en la vida cotidiana, a las personas que tenemos delante. Miremos a nuestro alrededor, en la familia, en las fraternidades, en el trabajo, y veamos a las personas que necesitan nuestro amor, nuestra ayuda, nuestras buenas palabras. ¡Dios quiere usarnos!

Quinta puerta - El regalo del amor y la pasión

San Francisco tuvo una experiencia sumamente especial y llena de gracia en el monte La Verna. Buscaba constantemente la plena unión con Cristo. En aquel momento profundo, no le pidió a Cristo algo que pudiera hacer o hacer mejor, sino algo que pudiera vivir, algo que significara mucho para él. En ese preciso instante, pasó de ser alguien que quería actuar a ser alguien que simplemente estaba con Cristo; en lugar de hacer, guiar o dirigir, solo pidió amar y sentir la pasión. Dios le concedió los estigmas y todo lo que pidió: pasó a la siguiente etapa, viviendo una vida en la que simplemente vivía su unidad con Cristo, en lugar de hacer el bien y lo correcto, aunque nunca renunció a ello. Dios lo guió hacia una vida de plena y completa experiencia de amor y compasión. El estar lleno de amor y compasión por Cristo se convirtió en lo primero, antes que el hacer el amor y la misericordia por amor a Cristo. Demos gracias por estar juntos con Cristo en el amor y la pasión, pues esto nos permite también a nosotros hacer algo con él en el amor y la compasión.

Sexta puerta - La profundidad del ser

Todos llegaremos al momento en que el "ser" signifique algo mucho más simple, pero mucho más profundo. San Francisco tuvo que cruzar esta puerta, viviendo en la enfermedad, la ceguera, sin poder hacer nada. Pocos de nosotros habríamos podido conservar ese espíritu agradecido y alegre que San Francisco tuvo durante los últimos momentos de su vida entre nosotros. Haber perdido la capacidad de moverse, de ver, de actuar le reveló el verdadero valor de la vida: Dios nos ama por quienes somos y no por lo que hacemos. San Francisco estaba atravesando la sexta puerta y había llegado a esa clase de pobreza, cuando no solo no tenía nada propio, sino que también había perdido la vista, la salud y la fuerza. Cruzar esta puerta lo condujo a tal paz en las manos de Dios, que sintió la necesidad de escribir el Cántico de las Criaturas. ¿Y nosotros? ¿Podemos encontrar la paz en medio de las dificultades? ¿Qué necesitamos para sentirnos en las manos de Dios?

Séptima puerta - De este mundo al cielo

La muerte del cuerpo es parte de la vida. Sin embargo, no es un momento alegre, a veces es realmente difícil. Significa horas y días difíciles. Significa duelo. Generalmente también significa silencio. Pero la música también comienza con el silencio. El silencio es parte de la música; es la preparación. Si bien la muerte es el final de la vida aquí en la tierra, no es el final definitivo de la vida. Creemos y esperamos que sigamos viviendo con Dios en el cielo. Esto es lo que San Francisco y sus compañeros comprendieron y creyeron, y por eso lo llamamos «transito».

En este preciso instante de su vida, San Francisco pudo vivir la plenitud de la vida. Todo lo que recibió de Dios se concentró en ese momento. Se convirtió en el heraldo del Gran Rey, alabando a Dios incluso en sus últimos instantes. Vivió la dulzura, no solo al recibir los dulces preparados por la señora Jacopa, sino también la dulzura interior. Estaba rodeado de sus hermanos; la fraternidad estuvo presente en sus últimos momentos. Bendijo a sus hermanos uno por uno, y pudo sentir el más grande amor y la más grande pasión al mismo tiempo. No pudo hacer otra cosa que poner su vida en manos de Dios. Su tránsito fue un momento de paz, vivido no como el final de algo, sino como un paso al cielo; *« Uno de sus hermanos e discípulos, un hombre de no poca fama, ... vio el alma del santísimo padre subir recta al cielo por encima de muchas aguas; y era como una estrella, grande como la luna, resplandeciente como el sol y transportada por una blanca nubecilla»*.⁶

¡Continuemos!

Dios guió a San Francisco a lo largo de su vida hasta su muerte la noche del 3 de octubre. De la importancia de las cosas externas, pasó a la importancia absoluta de lo que reside en el interior del hombre. De una vida ruidosa, anunciando con acciones y palabras, pasó a una vida de absoluto silencio, donde incluso las acciones y las palabras desaparecen, solo queda el ser. De una vida apresurada a una vida pausada. De proclamar el Evangelio con lo que se dice y lo que se hace, a una etapa en la que proclamar el Evangelio significa más bien lo que se acepta y lo que se escucha. Al final se convirtió en *«el heraldo del gran rey»* ⁷, pero de una manera completamente distinta a como lo había imaginado al principio.

Observemos y prestemos atención a cómo y adónde nos guía Dios, desde nuestras propias ideas hasta su plan, y desde las cosas de este mundo hasta las de Dios. Dios no hace distinción entre San Francisco y cualquiera de nosotros en cuanto a su deseo de que seamos guiados al cielo. Miremos a San Francisco y digamos: *«Para llevar a cabo la maravillosa obra que se propone, no ha encontrado criatura más vil que yo en la tierra»* ⁸. Dios nos ha abierto estas siete puertas. Todas las puertas para todos nosotros, para que podamos mostrar la maravillosa obra de Dios en nuestra vida.

Tras estos tres años, tras la solemnidad del 4 de octubre de 2026, nuestra vida no puede continuar como antes. No puede seguir como si nada especial hubiera ocurrido. Hemos recibido muchos tesoros al recordar los últimos años de la vida de San Francisco, y esto también conlleva una responsabilidad. Tenemos la responsabilidad de aprender de lo que

⁶1Cel 110

⁷1Cel 16.

⁸ Fior. 10.

hemos oído, visto y vivido; tenemos la responsabilidad de compartirlo y de hacer de nuestras fraternidades un lugar mejor para vivir nuestra vocación.

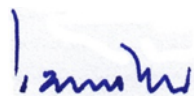
Demos gracias a quienes fueron inspirados por San Francisco en el pasado, porque sin ellos —sin su ejemplo, su enseñanza y su fidelidad— nosotros tampoco podríamos ser franciscanos. Vivamos y transmitamos esta espiritualidad de tal manera que quienes nos sucedan puedan también decir cuán maravilloso es que la espiritualidad franciscana permanezca viva y perdurable.

En el 4 octubre no celebramos una muerte. Recordamos la gracia de Dios y damos gracias por San Francisco; recordamos su tránsito, su paso de este mundo al cielo. Que el recuerdo del tránsito de San Francisco nos inspire a todos a renovar nuestra vocación y nuestra misión. Siguiendo el ejemplo de San Francisco, que Dios nos enseñe y nos guíe, para que al final cada uno de nosotros pueda decir: *«He cumplido con mi deber. ¡Que Cristo os enseñe cuál es el vuestro!»*

¡Que todos seamos «llenos en el cielo con la bendición del Padre Altísimo y en la tierra con la bendición de su Amado Hijo con el Espíritu Santo»⁹!

¡San Francisco, ruega por nosotros!

Vuestro hermano y vuestro ministro



Tibor Kauser OFS
ministro general



⁹Test 4.